

La utopía engañosa de Petro

Con la elección de Gustavo Petro en Colombia, es claro que ante todo ha ganado el profundo descontento con la realidad socioeconómica del país y el anhelo de un cambio. En departamentos como Valle, Nariño, Cauca, Putumayo y Chocó se presentó una votación abrumadora por Petro, siendo estos los departamentos que han sufrido de carencias relacionadas con la distribución inequitativa de dineros. Fueron estas voces las que terminaron definiendo la elección presidencial.

Más allá de Petro o de Rodolfo Hernández (quien aunque perdió la elección alcanzó más del 45% de los votos), quedó claro que existen situaciones estructurales que merecen una esencial consideración, no solamente en Colombia, sino a nivel latinoamericano. El señor Petro, entonces, aprovecha esta situación y se presenta como el patriarca del pueblo; el paladín de los históricamente discriminados. Este discurso, sin duda alguna, se asemeja en demasía al de Hugo Chávez cuando accedió al poder. Y es justamente esa misma palabrería la que ha llevado a Boric al palacio presidencial en Chile, a Castillo a ocupar el mismo puesto en Perú, e incluso al dictador Ortega a haber podido asir férreamente las riendas de aquella Nación centroamericana, actualmente ahorcada bajo el yugo opresor de la violencia estatal.

El problema central de este pensamiento es que es demasiado básico y, a la vez, peligroso, puesto que busca que el Estado supla todas las necesidades de la población, como si fuera un ente superior y todopoderoso, olvidando que el Estado, en realidad, es la conjunción del esfuerzo y el trabajo de los ciudadanos en pro de obtener un futuro mejor. Se avanza por el empinado camino de la vida con creatividad y esfuerzo, no con arengas, motines y amenazas de vandalismo.

Petro y sus lacayos exageran el victimismo, la necesidad de subsidios, el “no hacer nada excepto protestar” a cambio de una supuesta reivindicación histórica, que será repartida de puerta en puerta en el equivalente a las cajas CLAP venezolanas. Lo que no saben los futuros beneficiarios de estas cajas “milagrosas” es que ese sistema socialista, tarde o temprano, lleva a la quiebra estatal y a una peor situación económica para todos. Más aún, ese discurso de polarización incentiva la lucha de clases, puesto que menciona repetidamente que los únicos que tienen “derecho” son los “históricamente oprimidos” por un supuesto “esclavismo”, tal como lo mencionó el propio Petro en su discurso inicial.

Se parte de una visión estatista y paternalista, que coarta la libertad económica y que obliga a que los empresarios, en lugar de producir libremente, deban anteponer la llamada “función social” (hacer con sus empresas lo que desee el señor Petro) por encima del crecimiento económico. Con un Estado dictando la política económica hasta niveles tan intrusivos, la prosperidad y la inversión extranjera se verán ahuyentadas. Tarde o temprano, sin embargo, el ciudadano de a pie en Perú, en Chile y en Colombia se dará cuenta de aquello de lo que los Nicaragüenses ya son testigos: Petro no le arreglará la vida a cada uno y, en cambio, el exceso de Estado llevará a un control desmedido y el control desmedido conducirá a la disminución de la creatividad empresarial y de la libertad.

Ahora bien, a nivel internacional, el paternalismo de izquierda promovido por Petro, sin duda alguna, conduce al utilitarismo. Bajo la excusa de remediar la situación económica cueste lo que cueste, Colombia estará presta a reanudar relaciones a todo nivel con criminales de lesa humanidad, como el que comanda el vecino país reprimiendo, censurando y torturando. Todo esto ha sido convenientemente “olvidado”, de la misma forma en que a López Obrador se le olvidó que Culiacán era una ciudad mexicana y no la capital de un narco estado, que se alimenta y crece bajo sus propias narices.

De tal manera que el discurso de Petro, tan simplista y peligroso, puede resultar en el advenimiento de una política “redistributiva” a nivel latinoamericano cuyo principal motor sea el odio, en lugar del deseo de crecimiento mediante el trabajo y las alianzas productivas que permitan a la empresa privada ser el motor para la superación de la desigualdad en los territorios alejados. Ciertamente, entre algunos grupos de colombianos, ya se percibe repulsión por el que “tiene más”, en lugar de admiración por su creatividad y empuje empresarial. Esta distorsión del capitalismo, mediante el espejismo del Estado redentor, seguramente dará mucho de qué hablar en los años por venir.